

EL ECO

DE LAS SEÑORAS DE SANTIAGO.

PERIODICO SEMANAL.

ANO. I.

SANTIAGO, JULIO 27 DE 1865.

NUM. 3.

El Eco de las señoras de Santiago.

SANTIAGO, 27 DE JULIO DE 1865.

A nuestras suscriptoras.

Llevadas del interes de acudir cuanto antes al remedio de los males que nos han movido a la publicacion de este periódico, nuestros trabajos no han podido dejar de resentirse de la falta de organizacion consiguiente a toda obra nueva i dificil. Confiamos sin embargo en que iremos superando esos inconvenientes, i que en lo sucesivo quedarán mejor satisfechas las aspiraciones de nuestras lectoras como las nuestras propias.

A los señores redactores del «Independiente».

Debemos a los SS. RR. del *Independiente* una manifestacion de gratitud por la manera digna con que han interpretado nuestros escritos en el número 439 de su apreciable diario: nos han hecho justicia, dando una prueba mas de la nobleza de sus sentimientos. Sin que lo hayamos pretendido, han tomado nuestra defensa en los rudos ataques que, sin miramiento alguno, nos ha dirigido cierta prensa. Al otorgar perdón a nuestros gratuitos enemigos, cúmpenos dar las debidas gracias a los que, colocados a la altura de su mision, se han hecho un deber en abogar por la inocencia i debilidad ofendidas.

LAS SEÑORAS DE SANTIAGO.

FOLLETTIN.

LAS CASTELLANAS DE ROSELLON

O EL

QUERCY EN EL SIGLO XVI.

POR

Mme. Eugénie de la Rochère.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

PARA

El Eco de las señoras de Santiago.

INTRODUCCION.

EL CASTILLO DE ROSELLON.

A diez kilómetros de Cahors, en el municipio de Maxon, las ruinas del antiguo castillo de Rosellon dominan todavía una montaña en forma de cúpula, que está unida por un paso mui estrecho a la meseta de donde se desprende. Un puente de piedra construido sobre el ancho foso, que en otro tiempo no se podía atravesar sino por medio de un puente levadizo, permite llegar a él sin obstáculo. Cuatro cuerpos de edificios, que forman un cuadrado estenso, rodean el gran patio, cubierto de zarzas i espinas. Los muros exteriores, edificados de pedruscos de mármol regulares, unidos por una mez

Tolerancia e intolerancia.

De dias atras se nos vienen atronando los oidos con las voces de tolerancia e intolerancia escapadas de los asientos de nuestra Cámara de diputados o de las columnas del periodismo. Pero, ahora como antes, siempre la misma confusion de ideas, el mismo embrollo sistemático, en la mayor parte de los que aquellas palabras profieren. No parece sino que se hiciera gala de oscurecer las nociones mas claras i transparentes: tanto es el ardor, el febril entusiasmo con que, desde el mas miserable periodista hasta el mas encumbrado representante del pueblo, se lanzan a la empresa fatal. Gracias a la ignorancia jeneral de nuestra sociedad en esta clase de cuestiones, al comun aturdimiento de los espíritus de que adolece la época presente, i quizá tambien a lo simpático i halagüeño de las voces *tolerancia* i *libertad*, muchos entendimientos se fascinan i flaquean muchas voluntades.

Es por demas obvia i palmaria la distincion entre tolerar personas, i tolerar errores i vicios. Por cierto que no se necesita ser filósofo, literato ni periodista, para descubrir una cosa tan sencilla, tan accesible aun para los entendimientos mas vulgares. La palabra *tolerar* envuelve la idea de *sufrir a mas no poder*, idea que denota ya una triste impotencia de parte nuestra, porque no está en nuestra mano dar a las personas el carácter o cualidades

ela mui dura, estaban guarnecidos de altas torres, a las que sobresalian entónces agudas flechas i que al presente están cubiertas en partes de una estensa cortina de yedra, i estas torres presentan todavía una mole imponente i majestuosa que parece querer desafiar a los siglos. Empero de tiempo en tiempo una piedra desprendida de las altas murallas rueda con estrépito hasta el pié de la montaña, como para recordar al viajero la poca duracion de las obras del hombre.

Lo que habia de mas notable en este castillo, construido en una época en que el sistema feudal existia aun en toda su fuerza, eran las prisiones subterráneas, tan vastas que podian contener mas de quinientas personas, ¡qué de victimas de sus propias pasiones o de las de sus semejantes han jemido en esta triste mansion! ¡qué de recuerdos terribles asaltan al aspecto de estos muros ennegrecidos por el tiempo! ¡qué de dramas se han realizado ahí, cuyo desenlace no será jamas conocido! ¡qué de virtudes ignoradas, qué de vanidades, qué de lágrimas, qué de crímenes talvez! Ahí, si se ha de creer a una vieja crónica, un bárbaro vengó en su hija de una manera atroz la autoridad paternal desconocida, i el departamento en que se cometió este atentado llevó por mucho tiempo el nombre de Cámara

que quisiéramos, ya tambien una triste necesidad de someternos a este estado de cosas. Esto basta para que se conozca que el tolerar las personas es una necesidad social, i que cualquier hombre aunque tenga la religion que se le antoje o no tenga ninguna, por el solo hecho de ser creatura racional, ya es acreedora a que se le guarden las consideraciones debidas a su ser natural.

Pero hai mas; la razon nos enseña que a ese hombre extraviado no se le debe ofender en su carácter de hombre, ni con palabras, ni con hechos. Así entendemos la tolerancia de las personas, considerada por su lado puramente racional. Mas, nuestra santa religion da todavía mayor ensanche a esta tolerancia. Enseñándonos que todos somos hijos de un mismo padre que está en los cielos, i que estamos destinados a una misma felicidad eterna, excita en nuestros corazones un mutuo amor, i nos impulsa a favorecer al desvalido. Nuestro divino Redentor nos da a este respecto las lecciones mas bellas de caridad que jamas oyeron los siglos, i el cristianismo ha logrado hacer que las páginas mas brillantes de los anales del mundo sean aquéllas que están destinadas a consignar el ejercicio de esa virtud celestial. ¡Necesitaremos que se nos esté repitiendo hasta el cansancio que la religion cristiana es una religion de amor? ¡No es esta una idea que ha sido depositada en nuestras almas desde que nuestras madres nos dieron las

del diablo, que ya le habian merecido crímenes mas antiguos.

No se puede permanecer impassible en medio de esas ruinas grandiosas, pensando en las jeneraciones que en ellas se han sucedido. La imaginacion poderosa como el soplo de Ezequiel, vuelve a revestir de carne los huesos desecados que reposan en la capilla; se vé en espíritu pasar i reparar delante de sí esas nobles castellanas vestidas de brocato i terciopelo, esos fieros señores armados de corazas de fierro, acero, algunos arrogantes i terribles, otros dulces i compasivos. Estaban como nosotros llenos de vida, de deseos, de pasiones; ¿qué les queda de su grandeza i de su poder? en la tierra, el olvido de las nuevas jeneraciones; delante de Dios, el mérito de sus virtudes i de sus buenas obras!...

En 1534 cuando las flechas de las seis torres del castillo parecian amenazar a las nubes, cuando los escudos de armas de los señores de Roussillon estaban esculpidos en todas las fachadas, i cuando la espalda de la montaña opuesta al bosque de encima que subsiste aun, ofrecia a la vista deslumbrada un cuadro hermoseado de flores, un acontecimiento capaz de dejar profundas huellas en el ánimo de los vasallos del conde Galliot, vino a traer el gozo a las pobres familias.

primeras lecciones de la religión que profesamos? Sería necesario ser mas que imbecil para desconocer esa idea rudimentaria de la enseñanza cristiana, idea esencial en el conocimiento del cristianismo.

¡Bien! esa tolerancia de las personas, esa caridad que nos obliga a procurar el bien de nuestros semejantes, sin distinción de judíos, jentiles ni herejes, ¿implica acaso la de tolerar sus erróneos sistemas, o sus depravadas acciones? ¡Qué! Porque nosotras aplicamos nuestras manos a curar las heridas de uno que ha caído a los golpes del puñal homicida en una lucha mortal, ¿se infiere de ahí que aprobemos las erradas convicciones que ese hombre tenga, que aceptemos sus odios, i quizá sus robos i asesinatos? Porque depositamos una moneda en manos de un enfermo, se deduce que asintamos a las orjias u otros inmundos excesos en que su enfermedad haya tenido origen? El tolerar en nuestras casas a personas de convicciones religiosas opuestas a las nuestras, no es, nó, una prueba de que prestemos nuestro asenso a sus teorías o a sus delirios.

¿Por qué entonces se nos reprocha nuestro exclusivismo religioso? ¿Por qué ese tenaz empeño en citarnos textos de las santas Escrituras para probarnos lo que todas sabemos tan bien o mejor que los citadores, a saber, que debemos amar a todos los hombres sin excepción i a todos hacer bien? ¿Hai acaso algun antagonismo entre esta caridad i la intolerancia del error?

No solamente la razón nos está diciendo que tal antagonismo no existe, sino que nuestra misma tolerancia social con los disidentes que pisan el suelo de Chile aclama esa verdad. ¿Quién por ser protestante está excluido de nuestras casas? I no solo observamos esa tolerancia con las personas de elevado rango, sino con las del grado mas ínfimo. Desde la clase de sirvientes hasta la de artesanos, todos hallan acogida i protección entre los chilenos, sin que jamás cometamos la menor tropelia con sus personas, ni que sus creencias sean un obstáculo a nuestra caridad. Somos aun mas caritativas, harto mas liberales i jenerosas que ellos en este punto. No es solo en la esfera social donde se desarrolla esa tolerancia caritativa con las personas de los disidentes, sino aun en la esfera política. Nosotras,

En los primeros días de ese mes encantador era cuando los jóvenes, según la costumbre del Quercy, plantaban el mayo en la puerta de su pretendida (1), un movimiento extraordinario animaba a este país. La campana de la capilla resonaba en los aires, los labradores dejaban sus trabajos, las madres acudían con sus hijos i las jóvenes aldeanas, vestidas de zagalejos azules, de batas de paño negro i cubiertas de un ancho sombrero de paja, trensaban guirnalda de box entremezclado de flores, para decorar con ellas un arco de triunfo elevado en medio del patio. La misma actividad reinaba en el interior del castillo. Lacayos galoneados sacudían el polvo de los muebles góticos i de las ricas colgaduras; el mayordomo preparaba la vajilla sobre el apa-

(1) La costumbre de plantar el mayo delante de la puerta de las jóvenes se ha conservado hasta nuestros días. El mayo está adornado de guirnalda, coronas flores i cintas. Se emplea tambien para manifestar sentimientos de desden i desprecio a aquella de quien se cree tener motivo de queja; en este caso se ata al árbol una gran cantidad de huesos, como cabezas de caballos i de vacas. Esta clase de mayo es una injuria grave, que espone a la joven que es objeto de ella a las mas amargas chanzas.

Quando los jóvenes de las clases educadas quieren seguir la antigua costumbre de hacer un homenaje público a su desposada, reemplazan el mayo adornado de flores por un mirto o un naranjo.

exclusivistas, no impedimos que los disidentes ejerzan destinos públicos en nuestra patria; i ellos *tolerantes por la lei*, suelen poner cortapiza para la elección de los católicos en sus países. De lo dicho se infiere que, según lo que dicta la razón, i según la enseñanza del catolicismo, debemos admitir la tolerancia de las personas, i que esta tolerancia no envuelve la de sus ideas.

¿Se pretenderá todavía alucinarnos con que la caridad cristiana requiere la libertad de cultos? La caridad tolera las personas, no las ideas o las convicciones erradas. Transijir con los errores es un crimen contra la verdad, i si esos errores son religiosos, al crimen contra la verdad se agrega el crimen contra la religión.

En ambos casos hai un crimen contra Dios, porque siendo origen de toda verdad i el autor de la religión, proclamar la igualdad del error con la verdad es injuriar a Dios, pues no puede querer que se asignen al error los derechos que él le ha negado.

Tan léjos está la caridad cristiana de exigir tolerancia con el error, que al contrario, nos manda impugnarlo. Entre las obras de misericordia se cuenta la de *enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, i la de corregir al que yerra* (i cuenta con que nuestro divino Redentor fué que nos encargó *corregir al que yerra*.)

Estas consideraciones no son para probar que necesariamente deba haber exclusivismo religioso en todo país católico, sino para demostrar que la caridad cristiana no induce a tolerar errores.

La revolucion.

El epigrafe de este artículo no debe azorar a nadie. No vamos a descubrir tenebrosas maquinaciones, ni a presajiar días de luto para Chile a consecuencia de esas luchas fratricidas en que la política ha solido envolvernos. I si bien es verdad que el récio sacudimiento dado a los espíritus con la pretension de libertad de cultos pudiera hacer bambolear el edificio, creemos que no se tendrá la imprudencia de arrastrar a los católicos chilenos a una lucha en que exhalen los gritos de su dolor i de su indignación. Nuestro pensamiento al

radar de la gran sala, guarnecida de flores las urnas de porfiro i colocaba velas de cera en los candelabros de plata. De tiempo en tiempo este personaje, a quien los aldeanos i domésticos no dirijian la palabra sino con el sombrero en lamano, interrumpia su tarea para observar la de los sirvientes, riñendo a los unos, animando a los otros i dando sus órdenes con gravedad.

Entre tanto el sol bajaba al horizonte i el sirviente que estaba de centinela en la pequeña fortaleza de la torre no daba la señal convenida; se oían ya murmullos de impaciencia, cuando el sonido de la corneta resonó tres veces en los aires, i luego una brillante calbagada sobre la caída de la colina deslumbró todas las miradas.

«¡Alerta hijos!» exclamó Marcial, Doce jóvenes de ojos fogosos, de tez morena, de cabellera negra i maciza, medio cubierta con el gorro de delicado lienzo que les servia de tocado, se ordenaron en dos filas al lado izquierdo del arco de triunfo. Seis de entre ellas tenían en las manos canastillos llenos de flores, i las otras seis llevaban palomas. Otros tantos muchachos, todos cargados de algunos presentes campestres, de panales de miel o de hermosas legumbres se colocaron al lado derecho; los grupos de paisanos i aldeanos se estrecharon en los ángulos del patio. La ca-

encabezar estas líneas con aquel rubro es de hablar brevemente sobre la revolucion social que conmueve al mundo.

Sin duda que hai algo de aterrador en ese desasosiego jeneral, en ese inquieto natural que se revela en casi todo el globo. Por todas partes asoman síntomas alarmantes, i si es que el mundo no se ajita todavía con horribles convulsiones, no por eso deja de sentir que el veneno le está dañando las entrañas.

En todas las épocas se han visto guerras asoladoras, i se han presenciado catástrofes horrendas. Pero, por mucho que en ellas se removieran los cimientos de la sociedad especial en que tales espectáculos se representaban, nunca esos males tenían un carácter tan corrosivo para el corazón humano, ni arrastraban en su corriente a los demás países. Si una rica i populosa comarca era devastada por el acero de codiciosos conquistadores, las ideas morales mas importantes quedaban todavía nadando sobre inmensos lagos de sangre. De este modo, vencedores i vencidos tornaban luego a formar sociedades industriosas i florecientes. Aun en los tiempos mas señoreados por bélicos instintos jamás las intelijencias quedaban arrazadas de ideas celestiales, ni de consoladores sentimientos el corazón. Savia divina circulaba entonces por las venas de la sociedad, comunicándole fijeza en los pasos, tranquilidad en el pecho i serena sonrisa en el semblante.

Hoi no es así. En posesion la sociedad moderna de todos los adelantos en las ciencias i de todo el oro recojido en los siglos precedentes, da a sus guerras proporciones colosales en el orden material. Pero, nada es esto en presencia de esa tremenda lucha intelectual i moral que viene trabándose de pocos siglos acá, i que augura tantas calamidades para el mundo.

Hoi se marcha sobre un terreno movedizo en el cual, o teme uno hundirse súbitamente, o que una erupcion lo haga volar por los aires cual leve paja arrollada por el huracan. ¿Qué monarca reposa tranquilo en Europa ni en América? ¿Cuáles son las repúblicas que crecen i se vigorizan bajo la égida de una paz imperturbable? Ninguna forma de gobierno se sustrae a los amañes de inquietos demagogos, ninguna

halgada desfiló sobre la meseta i fué saludada con vivas aclamaciones.

Sobre una blanca hacanea con un caparazon de oro i escarlata, una mujer de talla alta i majestuosa como una reina se adelantaba a la cabeza del cortejo; su vestido de brocato, mitad del color de la casa de Isarn i la otra mitad del de Rosellon, estaba adornado de perlas i rubies: un cordon de oro ceñía su elegante talle i una venda de diamantes coronaba su altiva frente. Cerca de ella un mozo mui joven, pálido i débil, de ojos azules, de fisonomia dulce i melancólica hacia dar vueltas a su hermoso i arrogante caballo negro con una facilidad i gracia admirables. Llevaba los cabellos cortos i la barba larga según la costumbre introducida hacia poco por Francisco I (2); su traje era el de los cortesanos de este príncipe, un jubon de mangas esponjosas i el pequeño manto echado sobre la espalda; una gorra de terciopelo en la que sobresalía una pluma blanca completaba su adorno.

Caballeros i nobles señoras, todos a caballo i magníficamente adornados, les seguian en gran número.

«¡Viva nuestro buen señor el conde

(2) Francisco I habia introducido esta costumbre para ocultar la cicatriz de una herida que habia recibido en una diversion.

sociedad hai a la cual no alcancen las olas de ese mar embravecido.

Cual si el mundo dividido en dos bandos opuestos travase una lucha en que millones de combatientes levantarán inmensa polvareda, así es la densa nube que cubre por do quiera los espacios. Díjese que el jenio del mal, dejando su infernal morada, estuviese cerniéndose sobre el mundo, i que de sus negras i retemblantes alas se desprendiese polvo pestifero i letal.

Las revoluciones han pasado ya de la esfera política a la social, i fuerza es que incrementen sin cesar. Puede mui bien decirse que cada individuo lleva hoy la revolucion en su cabeza; i porque hai tantas cabezas volcanizadas, por eso es que van volcanizando a las demas, i cual teas que se aplican a materias inflamables producen un voraz incendio, así esas cabezas van poniendo al mundo en combustion. ¿I por qué el porvenir social aparece pavoroso i alarmante en las sociedades civilizadas, mas bien que en las incultas? ¿Por qué las sociedades iluminadas por el cristianismo ofrecen mas pábulo a las chispas incendiarias, que el que presentan los países dominados por el jentilismo? ¿De dónde esta anomalia? Lo veremos en otra ocasion.

Recuerdos de la Judea.

SEGUNDA CARTA

DE CLAUDIA PROCULLA, MUJER DE PILATOS, A FULVIA HERSILIA SU AMIGA.

(Conclusion.)

El Pretorio se hallaba inundado con aquel tropel; rodaba como un torrente impetuoso de lava, desde la montaña de Sion, donde está el templo, hasta el pié del tribunal, i a cada instante nuevas voces se mezclaban con aquel coro infernal... Mi esposo, cansado, espantado, cedió al fin!... Hora para siempre infausta!!!... Poncio se levantó; la duda i el terror asediaban su frente; con una indicacion simbólica, metió las manos en una vasija llena de agua i dijo en alta voz: «me hallo inocente de la sangre de este justo.»— «Que caiga sobre nosotros i sobre nuestros hijos», gritó aquel pueblo insensato. I agolpándose al rededor de Jesus los verdugos le arrastraron con furor.

Mis ojos siguieron la víctima que

Galliot! ¡viva la condesa de Rosellon! gritaba la multitud.

A la entrada del patio, Galliot se bajó i fué en el momento a sostener el estribo a la condesa su mujer, que pasó majestuosamente bajo el arco de triunfo, i se colocó en un pequeño trono de terciopelo encarnado que le habian preparado. Solo tenia veintiseis años, aunque a primera vista se habria creído que era mayor. Su fisonomia era noble i severa, el corte de su rostro formaba un óvalo perfecto, su frente ancha i pura parecia echa para llevar la diadema; sus facciones sumamente pronunciadas no carecian de cierta gracia, aunque su labio superior sobresalía de una manera desagradable; lo que unido a cejas mui tupidas le daba un aire duro i desdeñoso, que no podian disimular ni sus dientes de un blanco deslumbrador, ni su talle admirablemente bien formado.

Francisca Isarn de Grézes, desde la mañana de ese mismo día condesa de Rosellon de Biron por su enlace con el joven Galliot, era la única heredera de la rama primojénita de esta familia Isarn cuyo jefe habia sido pachá de tres colas bajo el reinado de Bajazet, llevaba en dote a su marido bienes considerables i una reputacion sin mancha.

(Continuará.)

iban a sacrificar. Luego un velo me cubrió la vista; me flaquearon las rodillas, i tan partido de dolor tenia el corazon que me pareció que mi vida se hallaba cerca de su término.... Perdí el conocimiento.... Cuando lo recobré, me hallé en los brazos de mis sirvientes i cerca de una ventana que daba sobre la *Transa*. Levanté los ojos i vi al pie de una columna manchas de sangre frescamente vertida. «Allí es, dijo una de mis esclavas, donde han azotado al Nazareno.» «I mas léjos lo coronaron de espinas,» replicó otra; algunos soldados se mofaban de él, llamándole rei de los judíos e hiriéndole en el rostro. «Ahora está espirando,» agregó la tercera.

Cada una de estas palabras atravesaba mi corazon, como una espada. Todas las circunstancias de esta enorme iniquidad avivaban el dolor i la angustia que inundaba mi alma. Sentí que habia algo de sobrenatural en los sucesos de aquel funesto dia. El cielo estaba acorde con el duelo que reinaba en mi alma: descendian sobre la tierra nubes grandes de forma horrorosa, las cuales despedian pálidos relámpagos. La ciudad, tan bulliciosa i agitada por la mañana, se hallaba entónces triste i taciturna, como si la muerte hubiese levantado sus negros pabellones sobre las plazas públicas. Un espanto indecible me tenia como clavada en mi silla, i con mi hijo en los brazos, aguardaba.... sin saber cual era el objeto de mi espectacion!...

Hacia la hora de nona densas tinieblas oscurecieron el aire, un movimiento espantoso estremeció la tierra; el sol estaba como ajitado i parecia que el universo se iba a acabar i volver a su nada!... Caí postrada en tierra.... En este instante, una de mis criadas, judía de nacion, entró en el cuarto, pálida, desmelenada i con una mirada vaga, exclamó: «El mundo se va a acabar. Dios lo anuncia con prodijios; el velo del templo, el velo que ocultaba el Propiciatorio, se ha rasgado i la desolacion se ha introducido en el lugar santo; dicen que los sepulcros se han abierto: los pontífices, desde Zacarias i los profetas que Jerusalem ha inmolado entre el templo i el altar, hasta Jeremias que precedió a la reina de Sion, todos estos muertos han salido de sus tumbas i nos anuncian la ira de Dios.»

Al oír estas palabras, sentí como un vértigo; me levanté bamboleando, llegué hasta la escalera i allí encontré al centurion. El centurion, que habia presidido la ejecucion de Jesus, era un veterano que habia encanecido en las guerras contra los Partos i los Germanos; jamas corazon mas resuelto habia palpitado en un pecho valiente.... Pero en este instante se hallaba pálido, demudado i como ajitado de remordimientos i de horror....

Quise interrogarle; pero pasó delante de mí sin oírme i repetía como fuera de sí: «¡Ah! ese a quien hemos muerto era veraderamente el Hijo de Dios!...»

Entré entónces en una sala baja, en donde Poncio estaba sentado con la cabeza apoyada entre las manos; me miró i me dijo con una voz baja i triste: «Claudia, ¿por qué no seguí yo tu consejo? ¿por qué no defendí a ese justo aun a costa de mi vida? ¡ya mi miserable corazon no gustará jamas de reposo!»—No me atreví a responder; no habia consuelo para esta irreparable desgracia, que habia impreso sobre nosotros para siempre el sello de la fatalidad. Nuestro silencio solo era interrumpido por el rujido del trueno que se prolongaba bajo las bóvedas del palacio. Apesar de esta tempestad, se presentó un anciano a las puertas de nuestra morada; cuando entró, inmediatamente se arrojó a los pies de Pon-

cio, diciéndole: «me llamo José de Arimatea; vengo, señor, a suplicaros me permitais tomar el cuerpo de Jesus de Nazaret para enterrarlo en un sepulcro que me pertenece.»—Poncio, sin levantar la vista, respondió: Anda....»—El anciano salió i al llegar al pórtico, se reunió con unas cuantas mujeres que allí le aguardaban. ¡Así terminó este dia fatal!

Jesus fué puesto en un sepulcro que estaba labrado en medio de una roca, i a la puerta colocaron varios centinelas. Pero, Fulvia, al tercer dia salió glorioso i triunfante de este sepulcro, resucitó tal como lo habia predicho i se mostró, victorioso de la muerte, a sus discipulos, a sus amigos, i por último, a un gran número de personas reunidas. Tal es el testimonio que sus discipulos han dado de él i que han confirmado con su sangre, la cual han vertido por su Señor Jesus, delante de los tribunales, de los jueces i de los príncipes. Un testimonio, acaso mas resplandeciente aun, es que su doctrina, confiada a unos cuantos pescadores de Tiberiades, se ha esparcido por todo el imperio; estos hombres simples, oscuros, han sido revestidos de elocuencia i de valor. La nueva fé se estiende como un árbol inmenso, cuya jenerosa savia ahogará talvez algun dia, el nombre, culto i gloria de los romanos. Fulvia, desde estos acontecimientos, no hai sino desgracias i mala suerte para mi esposo.

Reprendida su conducta por el mismo senado, hecho el blanco del odio de los judíos, despreciado por aquellos cuyas pasiones habia servido, su vida no era mas que una continua amargura. Yo vivia sola, mas sola aun que ántes. Salomé i su hija ya no veia sino con temor a la mujer del perseguidor, del verdugo de su Dios!.... Ella se habia hecho discipula de Aquel que habia vuelto la una a la otra. Percibia apesar de su amable bondad el horror que les causaba mi presencia i a poco me abstuve de ir a visitarlas. Me recoji en mi profunda soledad, en la que meditaba incansablemente algunas de las instrucciones de Jesus que Salomé me habia relatado i que yo habia puesto por escrito. ¿Qué es la vana sabiduría del pórtico en comparacion de esas enseñanzas que solo un Dios ha podido legar a la tierra? ¡Encierra una sabiduría tan profunda, tanta mansedumbre, paz i amor! Leerlas i releerlas era pues mi única consolacion.

Al cabo de algunos meses, Poncio fué suspendido de sus funciones i volvió a Europa. Errante, de pueblo en pueblo, arrastra el fardo de su iniquidad con una conciencia ajitada de remordimientos. Le seguí. (La mujer de Cain, dicen los hebreos, siguió a su marido desterrado sobre la tierra). Pero ¿qué vida es la que llevo a su lado? La confianza i el afecto conyugal ya no existe entre nosotros. El vé en mí el testigo, el recuerdo vivo de su crimen, i yo veo armarse contra nosotros la cruz ensangrentada, en donde ese juez incógnito dejó enclavar al justo.

No me atrevo a mirarle. El sonido de esa voz que pronunció la sentencia, me hiela el corazon, i cuando, ántes de la comida, la esclava le trae el agua para lavarse las manos, me parece que las sumerje, no en agua límpida, sino en una sangre humeante, cuya traza no puede borrarse.

Un dia quise hablarle de arrepentimiento, de confianza; mas no olvidaré nunca ni su mirada feroz ni las palabras de desesperacion que profirieron sus labios.

A poco murió mi hijo mui amado!... Fulvia, ¿lo crearás? no lo he llorado!... Dichoso él, así se ha escapado de la maldicion que nos persigue, i se ha librado de llevar el terrible fardo del

nombre paterno. La fatalidad ¡ah! nos persigue por do quiera, pues que en todas partes existen los cristianos. Aquí mismo, en este pais salvaje de los ródanos, en donde hemos pedido un asilo a las brumas del mar i a la soledad de unos eriales abandonados, aquí oigo algunas veces el nombre de mi esposo repetido con horror, i he sabido que los apóstoles de Jesus, ántes de separarse para ir a predicar su Evangelio, habian escrito en la esplicacion de su fé, estas palabras: *Padeció bajo el poder de Poncio Pilato.*

Anatema!.... Adios!....!

—

La mujer católica por el padre Ventura.

El cuidado especial que los mas grandes hombres del cristianismo han tenido de la mujer. San Pablo, Tertuliano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Bernardo, San Francisco de Sales i otros muchos tomaron a su cuidado la instruccion de las mujeres. La necesidad de convertir a la mujer, si se quiere convertir al hombre.

Por esta razon todos los grandes hombres del cristianismo han tenido gran cuidado de la educacion de la mujer. San Pablo, el primero i el mas sublime intérprete del pensamiento de Jesucristo, como San Juan lo fué de su amor, en todas sus cartas habla de la mujer con un cuidado especial, i se encarga de su instruccion. El la sigue en sus diversos estados, *de virgen, de esposa i de viuda* i le enseña las obligaciones que debe cumplir, las virtudes que debe practicar, los escollos que debe evitar, los medios por donde puede santificarse a sí misma i a las demas, i edificar a los fieles en cada uno de esos estados. El descende a los mas minuciosos detalles acerca de lo que la mujer cristiana debe ser en las diversas condiciones en que puede encontrarse. El tiene casi el mismo cuidado i muestra casi el mismo celo por la mujer fiel que por el obispo; porque, lo repetimos, la mujer católica es el obispo de la familia; ella debe ser para su familia lo que el obispo debe ser para su iglesia.

El apóstol San Pedro, en su primera carta fija tambien nuestra atencion sobre la mujer cristiana, i en pocas palabras revela su dignidad i marca sus deberes.

A imitacion de los apóstoles, el gran obispo i mártir san Policarpo, en la carta que dirigió a la Iglesia ántes de ir a sacrificarse por Jesucristo, dió una bella i sólida instruccion relativa a las mujeres; en ella hace ver que, segun su modo de pensar, de la conducta de las mujeres depende en gran parte la edificacion de los fieles i el bien de la Iglesia.

Tertuliano, en medio de las grandes luchas con los filósofos paganos i con los herejes de su tiempo no se olvidaba de la mujer; él creia que no servia méenos a la causa del cristianismo i de la Iglesia escribiendo largas e importantes obras para la instruccion de la mujer cristiana, que escribiendo su *Apolo-jética* i sus *prescripciones*.

San Cipriano, edacado en la escuela de Tertuliano, a quien llamaba *el mártir*, no daba méenos importancia a la educacion de las mujeres; i al sentimiento de interes i de celo de que estaba animado por la dignidad i la santificacion de la mujer católica debemos su admirable tratado *De la disciplina i de la conducta de las vírjenes* que es una obra maestra de elocuencia, de poesia i de elegancia.

San Ambrosio, cuando fué elegido obispo, no creyó poder principiar mejor la carrera del ministerio apostólico

que dirijiéndose a las mujeres. Sus tres libros *DE LAS VÍRGENES*, lo mismo que el de las viudas el *DE LA EXHORTACION A LA VIRGINIDAD* i su inyectiva a LA VIRGEN CAIDA, no son otra cosa que una coleccion de sermones, con los que aquel gran doctor de la Iglesia principió a evangelizar i a instruir a su pueblo. Parece que se dijo a sí mismo: «Si yo consigo reformar las mujeres, en el mismo hecho habré reformado los hombres; i nada es mas propio para la reforma de las mujeres que enseñarles el mérito, la grandeza i la gloria de la castidad i de la virjinidad segun el Evangelio. Comencemos pues a predicar a las mujeres acerca de la castidad i de la virjinidad.» Grande i bello pensamiento, digno de un padre de la Iglesia, que hace tanto honor a su entendimiento, cuya sabiduría nos revela, como a su corazon, cuya pureza virjinal nos manifiesta; i que, como veremos despues, fué coronado con el éxito mas brillante, por la reforma de costumbres de la ciudad de Milan i de toda la Italia.

Habiéndose divulgado en oriente la noticia de los felices resultados que San Ambrosio habia obtenido en Occidente al dedicarse de una manera especial a la ilustracion de las mujeres, San Basilio el grande se admiró tanto de ello, que no pudo dejar de felicitar a San Ambrosio por medio de unas cartas, que manifiestan la mas alta estimacion a su buen talento, la mas grande veneracion a sus virtudes i el mas vivo afecto a su persona. El le llama el modelo de los obispos, la antorcha mas brillante de la Iglesia i la gloria mas grande del cristianismo. El le manifiesta su deseo ardiente de verle i abrazarle ántes de morir, a fin de cojer en su fuente, en su corazon, aquel espíritu de celestial pureza que San Ambrosio habia difundido en sus escritos para la edificacion i santificacion de las mujeres. San Basilio habiatratado mui particularmente del mismo asunto; así lo manifiesta su apreciable libro *DE LA VERDADERA VIRGINIDAD*; así lo manifiestan sus *reglas* para la vida relijiosa de las mujeres, su celo por multiplicar los establecimientos de las vírjenes i en fin sus admirables cartas, dirijidas en su mayor parte a las mujeres, para formar de ellas santas apóstoles de otras mujeres i por lo mismo, hombres. Pero los brillantes trabajos de San Ambrosio en este jénero le habian hecho olvidar los suyos. El no los contaba por nada ni se saciaba de bendecir a Dios por haber llevado a efecto por medio de otro lo que él habia deseado hacer por sí mismo, los santos no son envidiosos los unos de los otros; ellos no sienten que el bien se haga por otros, con tal que se haga i que Dios sea glorificado.

San Agustín, esa aguilta de los doctores, ese gran espositor, ese vengador glorioso de toda la doctrina católica, ese martillo del error, ese apóstol, ese apolojista infatigable de la verdad, no se ocupó méenos de las mujeres, con el mismo pensamiento i con las mismas intenciones que San Ambrosio, su padre en la fé.

Todos estos escritos respiran el celo ardiente de aquel sublime doctor por la instruccion de la mujer católica, a quien él trata de proteger contra la corrupcion del vicio i contra los extravios del error. Pero nada prueba tanto la importancia que aquel gran jénio de la fé daba a las virtudes i a los buenos ejemplos de las mujeres para la reforma de las costumbres, como su *carta a Probo*, en el momento en que su nieta Santa Demetriades, la virjen mas bella, mas noble, mas rica i mas espiritual del imperio romano, renunció al mundo i se consagró a la virjinidad, a la humildad i a la pobreza del Evangelio. Esta carta, al mismo tiempo que es un himno a la santa virjinidad, estambien un monumento

de gloria para la mujer verdaderamente católica. Lo mismo debedecirse de su *carta a Felicidad i a Rústica*, que precidian un establecimiento de virjenes fuera de clausura.

Esta carta se llama comunmente *la regla* de San Agustín, que despues fué aplicada a los hombres, aun cuando solo fué escrita para las mujeres. Mas adelante tendremos ocasion de observar en San Juan Crisóstomo los mismos sentimientos i el mismo celo por la cultura espiritual de las mujeres. I no podía ser de otra manera, supuesto que en la persona de la feroz Eudoxia, que perseguía a las católicas bajo el nombre de *josefistas*, tenia a la vista el triste espectáculo del mal que puede hacer una mujer sin fé ni costumbres; i por el contrario, veía en las personas de Santa Olimpiades, de Santa Pentadia, de Santa Prócula i de otras muchas santas i admirables mujeres, a quienes llamaba *mis hijas*, lo mucho que vale la mujer verdaderamente religiosa i honesta para el mantenimiento de la fé i de las costumbres en toda una ciudad.

El mismo San Juan Crisóstomo, lo mismo que San Gregorio el Grande, en sus sábias homilias, no se olvidan jamas de las mujeres, i se dedican con un cuidado especial a corregir sus costumbres, a reprender sus vicios, a condenar sus extravíos, a instruir las, animarlas i a elevarlas a sus propios ojos con los bellos ejemplos de las santas mujeres de la *Biblia* i de la Iglesia, i hacerlas conocer cuan grandes son cuando son cristianas.

Pero ninguno de los antiguos padres se ocupó mas de las mujeres que San Jerónimo. absorio por sus grandes trabajos en la version i en los comentarios de los libros santos; distraído por sus combates diarios con las leyes, i por sus consultas que, como el oráculo viviente del mundo cristiano, se le hacian de las tres partes del globo, supo encontrar el tiempo suficiente para formar esa admirable escuela de las mujeres cristianas, conocida en la Iglesia con el nombre de *la escuela de San Jerónimo*, de la que trataremos mas adelante, para escribir su vida, para ensalzar sus virtudes, para popularizar sus ejemplos, para hacer ver su poder, su influencia i su importancia con respecto a la religion i a las costumbres. En efecto, nada es mas a propósito para hacernos conocer lo que vale la mujer cristiana bajo este doble aspecto que las elocuentes panejiricas que él nos dejó, por ejemplo de Santa Paula, de Santa Marcela, de Santa Fabiola i de Santa Demetriades, de los que veremos algunos trozos en la segunda parte. Al mismo tiempo que, como gran pintor, trazaba con rasgos majestuosos i admirables con mano firme i delicada, con colores brillantes i deliciosos, estos magníficos cuadros de las virtudes de las grandes mujeres de aquella hermosa época de la Iglesia, escogió i reunió las flores de las mas graves i bellos pensamientos de los libros santos i de la antigüedad cristiana, relativas a la oracion, a la mortificacion, a la piedad, a la pureza i a la caridad, i a ejemplo de San Pablo, ofreció estos misteriosos ramilletes a las hijas de la Iglesia, para que adornasen con ellos su casto seno i se recreasen con su celestial aroma. El siguió tambien a la mujer católica en los diversos estados en que ella puede encontrarse; él le dió las instrucciones mas importantes, le trazó las reglas mas seguras, i le indicó las prácticas mas perfectas con las cuales pudiese elevarse sobre el mundo i sobre sí misma, perfeccionarse, santificarse i onservarse fiel a Dios i a sus deberes.

Este último tratado es mui notable por el cuidado especial que San Jerónimo tiene de la educacion de la pequeña Paula (este era el nombre de la niña,

dichosa en haber tenido por maestro un hombre tan grande i santo). El toma desde la cuna esta pequeña cristiana, i la sigue de año en año hasta el momento en que, segun el voto que habia hecho su santa madre, debia consagrarse solemnemente a Jesucristo. El indica las primeras palabras que la niña debe deletrear, los primeros discursos que debe oír, las primeras doctrinas que deben imprimirse en su espíritu, i hasta el modo con que debe aprender a leer con la ayuda de un alfabeto en relieve o de letras de boj. Despue señala lo que debe leer en la Sagrada Escritura i en los Santos Padres, cuando sea mayor, lo mismo que las prácticas de religion a que debe acostumbrarse, las personas con quienes debe conversar, i aquéllas de quienes debe huir; finalmente, ordena todo lo que ella debe hacer i todo lo que debe evitar para conservar la pureza del alma i la santidad del cuerpo i para ser una cristiana santa i perfecta, una digna esposa de Jesucristo.

Al leer esta sábía i deliciosa carta, no es posible dejar de admirarse al ver que el gran teólogo, el gran intérprete de los libros santos, el gran controversista, el gran doctor de la Iglesia, no se desdeña de ocuparse de la educacion de una niña en sus mas minuciosos detalles. Pero la admiracion cesa cuando se recuerda que en el pensamiento de los padres de la Iglesia todo es grande, todo es importante cuando se trata de inspirar a una mujer la santidad i las virtudes del cristianismo, porque esta mujer puede llegar a ser el orijen de una jeneracion cristiana, de una raza de santas, por espacio de muchos siglos; puede llegar a ser el apóstol de todo un pueblo. Por otra parte, en la carta sobre la educacion de esta jóven, quiso San Jerónimo dar a la Iglesia un tratado completo de educacion de las jóvenes cristianas.

A demas de estos tratados tan diferentes i tan preciosos que él compuso para la instruccion de las mujeres, les dirijió o les dedicó todos sus sabios comentarios sobre los libros santos; i esto con el fin de inspirarles el amor i el gusto por los estudios serios, i de ofrecerles el medio de conocer de una manera profunda la religion cristiana, cuyo conocimiento perfecto solo se habla en los libros santos, interpretados por los doctores de la Iglesia. De modo que puede considerarse a San Jerónimo como el gran apóstol, el maestro i el pedagogo de la mujer segun el Evangelio.

En la Edad media, todos los soberanos pontifices, todos los concilios, todos los doctores i todos los teólogos se ocuparon de las mujeres de una manera especial. Casi todos los comentarios de los libros santos i los tratados ascéticos que aparecieron en aquella gran época de fé, se escribieron principalmente para las mujeres, aun aquellos en que no se trata de ellas. El grande i magnifico comentario de San Bernardo sobre el *Cantar de los cantares* no parece que fué compuesto para las mujeres, i sin embargo, en él se encuentra la ciencia de la Escritura Santa puesta al alcance de la mujer, el misticismo tal como la mujer, casi esclusivamente, lo puede sentir i practicar, i las reglas de la vida santa i perfecta de las mujeres. Ved, por ejemplo, como habla el doctor *meliífluo* del pudor, que es el mas bello adorno de la mujer. «El pudor, dice, es la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la antorcha que esparce esteriormente los rayos de una alma pura. El pudor, alejando el mal, es la gloria particular de la conciencia, la guarda de la buena reputacion, el decoro de la vida, la silla de la virtud, el verdadero titulo de elojio de la naturaleza humana. Por que ese color de rosa

que el pudor esparce en las mejillas, da al rostro un atractivo admirable, una gracia especial. «¡Oh cuán dulce i cuán elocuente son estas palabras! No se podía espresar ni pintar mejor el valor, la belleza i los encantos del pudor, para inspirar a las mujeres amor a él. Toda esta admirable obra está llena de trozos del mismo jénero, de la misma dulzura i de la misma fuerza i que evidentemente se dirijen a las mujeres.

En estos últimos tiempos, tres grandes santos, San Cayetano, San Ignacio, i San Carlos Borromeo, animados del mismo espíritu i del mismo celo, se han encontrado en este mismo pensamiento. El modo mas a propósito para reformar las costumbres del pueblo cristiano es el de introducir en él la frecuencia de los sacramentos de la confesion i de la comunión. Todos tres han trabajado para conseguir este fin i lo han conseguido. Pero para conseguirlo han tenido que atraer ante todo a las mujeres a estas grandes prácticas del cristianismo, ocupándose con preferencia a todo de la reforma de las mujeres.

Animado San Francisco de Sales del mismo pensamiento, siguió por el mismo camino. Su incomparable *Tratado de la vida devota*, que le coloca en el primer lugar entre los escritores ascéticos i los verdaderos reformadores del pueblo de Jesucristo, se dirige especialmente a la mujer, i parece que no tiene otro objeto que indicar a la mujer que vive en el siglo, un camino tan fácil como seguro, por el que pueda llegar a la mayor altura de la santidad i de la perfeccion cristiana, lo mismo que se dice de los libros, de sus admirables cartas, que no son tan leídas ni conocidas como merecen serlo; dirijidas casi todas a las mujeres, como la mayor parte de las de Fenelon, no son otra cosa sino unos pequeños tratados sobre todos los deberes, sobre todas las virtudes i prácticas del cristianismo perfecto, para uso de las mujeres. Este gran apóstol de la devocion comprendia mui bien que el modo mas eficaz de hacer jerminal la verdadera devocion, esta hermosa flor del Evangelio, en los terrenos pantanosos del mundo, es plantándola en el corazon de la mujer; por primero que ella no puede ser sólida i sinceramente devota sin hacer que el hombre lo sea tambien. La piedad i el pudor de la mujer cristiana son prodijiosamente fecundos para el bien, así como su impiedad i su desenvoltura son horribilmente contagiosas para el mal. Convertid a la mujer, i con esto solo hareis andar al hombre las tres cuartas partes del camino de su conversion. Pero mientras que la mujer esté sin religion i sin costumbres, mientras que no tenga mas que una religion vacilante, una piedad fantástica, unas costumbres sospechosas, unos afectos frivolos i una conducta lijera, no esperéis, a pesar de vuestro celo, ver al hombre con fé, respetando las costumbres i practicando la religion.

(Continuará.)

COMUNICADO.

La poesia de la Religion.

Tú, fuistes bendecida, purísima del cielo
Que alientas la esperanza ¡oh suave religion!
Aliento perfumado, dulcísimo consuelo
Regalo de las almas, mitiga mi afliccion

Si lágrimas ardientes derraman hoy mis ojos
Que amargos sentimientos hiciéranlas brotar,
Al pié de los altares postrándome de hinojos
Mis penas i dolores los siento mitigar

Esencia soberana del cielo desprendida,
Estrella que luciste del Gólgota en la Cruz,
El áspero sendero que cruzó de la vida
Poético i hermoso mostrárame tu luz.

Que angustia, que tormento no calmas con ternura?
Que dulces sensaciones no imprime tu poder
Tu soplo vivifica la humana creatura
I el llanto lo conviertes en risa de placer.

¡Oh bella religion! bálsamo puro
Que sanas al llagado corazon,
Faro que alumbrá el porvenir oscuro
I al alma guía a otra feliz macion.

Venturoso verjel de ricas flores
Mecidas por la brisa de la fé,
Do se brindan los májicos olores
Que ansioso aspira el que infelice fué.

Tu blanda aroma, emanacion divina
Del mismo Dios eres trasunto fiel,
Das aliento en el mundo al que camina.
Buscando a Dios con su esperanza en El

Bendita seas! que la saca limpia
Que te persigue con tan cruel teson,
Aleje el cielo de la patria mia
I te alces prepotente ¡oh Religion!

SANTIAGO, JULIO 23 DE 1865.

Avisos.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Se suplica a las personas que no hayan cubierto aun su suscripcion tengan la bondad, de hacerlo en la imprenta del *Independiente*.

AL PÚBLICO

Se reciben suscripciones a este periódico en todas las agencias del *Independiente*.

Suscripciones en Santiago i provincias.

Por trimestre 60 cts.
Número suelto 5 cts.

CUADERNO DE GUIOS I POSTRES.

Se acaba de dar a luz por la imprenta del *Independiente* un interesante cuadernito con las recetas mas selectas sobre guisos i postres los mas delicados. Su autor una de nuestras mas elegantes señoritas, es la mejor garantía para hacerse luego de un ejemplar.

IMPORTANTE.

Las personas que hayan recibido el primer número de este periódico, i que no quieran suscribirse, se les suplica tengan a bien devolverlo, a la imprenta del *Independiente*. Caso de no hacerlo así se les considerará como suscriptoras.

TABLAS DE COVERSION RECÍPROCA.

Entre las antiguas medidas i las del nuevo sistema; i entre los precios correspondientes a las mercaderías en éstas i aquellas medidas, por don *Primitivo Echeverría Currel* se venden en esta imprenta al precio de 50 cts. Son las mas completas i el trabajo mas acabado que se haya publicado hasta el presente.

HISTORIA DE SIBILA.

Novela escrita por Octavio Feuillet i traducida para los folletines del *Independiente* por don Zorobabel Rodriguez. Se vende en esta imprenta a 50 cts. ejemplar.

Imp. del INDEPENDIENTE, julio de 1865.